

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES
XXII CONGRESO MUNDIAL DEL APOSTOLADO DEL MAR

La liturgia alimenta la fe y la esperanza de las comunidades de marinos y pescadores

S.E. Mons. René Marie Eouzhou
Obispo de Porto-Novo (Benin)

Los marinos y los pescadores están entre aquellos que necesitan una pastoral adecuada debido a su situación particular. Esto requiere una solicitud especial por parte de la Iglesia, como lo recomienda el Concilio Vaticano II en el decreto *Christus Dominus*. A las conferencias episcopales y a los obispos se les pide que fomenten en ellos la vida espiritual. Las reglas establecidas por la Sede Apostólica sirven de normas fundamentales, pero, al mismo tiempo, queda un margen para adaptarlas a las condiciones de tiempo, lugar y personas. Como lo recordaba Juan Pablo II, de venerada memoria, esta atención por la gente del mar se arraiga en una verdadera espiritualidad.

Stella Maris [la Estrella del Mar] es, desde hace mucho tiempo, el título preferido con el que la gente del mar se dirige a la Virgen María, en cuya protección siempre ha confiado. Jesucristo, su Hijo, acompañaba a sus discípulos en los viajes en barca, les ayudaba en sus afanes y les calmaba las tempestades.

Es imposible situar mejor el compromiso de la Iglesia en su vida y en su vocación como Cuerpo de Cristo, del cual ella prolonga la vida y la misión. La situación en el mar expresa, además, en concreto, la urgencia de la presencia de la Iglesia. Sin abandonar su compromiso en lo concerniente a la vida profesional de las gentes del mar, la Iglesia está llamada a hacerles adquirir conciencia de las tempestades espirituales que amenazan la barca y los buques de su existencia. Y debe hacer germinar, en los lugares donde trabajan, la esperanza cristiana que la sostiene.

Me alegra muy especialmente que me hayan llamado a participar en este encuentro, pues sé que de él yo también recibiré beneficios. Hace poco, el Santo Padre me trasladó a una diócesis que incluye una amplia superficie con viviendas construidas en el agua, y cuya población sobrevive sólo gracias a la pesca: los *aguégúé* y los *tofins*. Con frecuencia salen mar adentro y podríamos decir, con razón, que su vida se divide entre el calor del hogar, y la frescura y las incertidumbres de las aguas.

Al hablar del amplio campo de la espiritualidad y del Apostolado Marítimo, centraré la atención en los marinos y los pescadores y, por consiguiente, trataré el aspecto litúrgico de sus distintas necesidades espirituales. En realidad, en esta exposición voy a partir del centro de su vida espiritual como centro de irradiación que recorre las arterias esenciales de la vida cristiana. *La liturgia alimenta la fe y la esperanza de las comunidades de marinos y pescadores.*

Ustedes comprenderán fácilmente porqué me permito abordar el tema espontáneamente con las virtudes teologales y dejo en el trasfondo la virtud de la caridad,

la más importante y que no pasará jamás. En primer lugar, examinaré la situación, para ver qué aporta la liturgia a la fe de esas gentes y cómo cultiva su esperanza cristiana para encaminarlas en la caridad derramada por el Espíritu de Dios.

I - La situación particular de los marinos y pescadores

No es nada fácil presentar la situación de los marinos y pescadores. En la primera parte de esta relación vamos solamente a hacer entrever la necesidad y la pertinencia de la atención pastoral que debemos prestarles y la misión que de ello se desprende para la Iglesia universal y, al mismo tiempo, para las Iglesias locales. Más concretamente, esto hace que todos puedan vivir en comunión con esos pueblos y esas personas, abriéndose, al mismo tiempo, a una solidaridad activa. Su situación no deja de ser dramática, pero, sin embargo, anima a una lectura llena de esperanza. Exige, sobre todo, que su incorporación a la experiencia cristiana.

Hablaré, en primer lugar, del drama que definiríamos más exactamente como peligros del trabajo de los marinos y pescadores. No es necesario insistir en que los marinos y pescadores deben librar directamente una batalla contra la naturaleza para su propia supervivencia. Tienen que afrontar la violencia de las olas y la ira de las tempestades para conseguir lo que les aportará recursos económicos. Este aspecto aparece claramente en los Evangelios, aunque no estamos acostumbrados a notarlo ni a considerarlo por sí mismo.

Como decía Juan Pablo II en 1984 a los miembros de la Conferencia mundial de la pesca: «podemos pensar que aquello que llamó más la atención de Cristo por los pescadores, y lo llevó a escogerlos para un trabajo muy distinto, fue su coraje, su espíritu de iniciativa y su rapidez para afrontar los peligros del viento y de las olas». En esta vida difícil, y en el corazón mismo de esta lucha encarnizada de los pescadores, Jesús encontró y llamó a sus primeros discípulos (cf. Mt 4, 18-22; Mc 1,16-20; Lc 5, 1-11).

Antes de que Jesús participe directamente en la pesca, que se torna milagrosa, Lucas hace que Pedro resuma la situación aleatoria de los pescadores, que solamente la providencia divina puede transformar en felicidad: «hemos estado toda la noche faenando sin pescar nada» (Lc 5, 5). A través de esas palabras, podemos comprender la situación de todos esos marinos y pescadores que padecen, no sólo toda la noche, sino a veces durante semanas y meses. Jesús, al decir a los pescadores de Galilea que los hará «pescadores de hombres», insinuaba, desde luego, que ellos iban a poner toda su historia humana y socioprofesional al servicio de la salvación de los hombres.

Podemos ver también en esto que Jesús comprendía perfectamente el rigor de la lucha profesional de esos hombres por la supervivencia diaria, hasta hacer de ella la metáfora del drama que iba a caracterizar su resuelto combate por la vida eterna de todos los hombres. Este descubrimiento de la situación de los marinos y pescadores, a través de la mirada y de la actitud misma del Señor, vuelve a presentarse junto al lago de Tiberíades, en San Juan, en el contexto de la resurrección. Para apreciar mejor la maravilla de esta aparición y el poder del Resucitado, hay que comprender esta vida de pescadores a la que los discípulos, decepcionados, quisieron volver después de la tragedia de la muerte del Maestro. El evangelista quiso traducir, en cierto modo, su drama,

colocándolos nuevamente en el marco poco brillante de la vida de los pescadores, que parece ser de nuevo su destino; ellos experimentaron esa misma desolación al salir al lago: «aquella noche no lograron pescar nada» (Jn 21, 3). La sola presencia, las indicaciones y el poder de Cristo Resucitado les devuelven la fuerza y la alegría.

La difícil situación de su trabajo diario se complica también a nivel meramente humano. La salida mar adentro para trabajar es siempre, para la familia de los marinos y para ellos mismos, un momento de angustia ante la incertidumbre de regresar sanos y salvos a casa. La permanencia en el mar representa siempre un período de aislamiento, en el que las vidas humanas se abandonan a una incertidumbre que puede llegar incluso a la inseguridad. En su búsqueda de trabajo y de ganancias, los pescadores y los marinos pueden a veces caer en las manos de patrones que aman ganar fácilmente el dinero y que no tienen ninguna consideración por la vida humana y la dignidad de la persona. No se trata solamente de las condiciones inhumanas a las que tienen que someterse algunas veces las tripulaciones; hay que recordar también los crímenes odiosos que los marinos han acostumbrado a descubrir con horror, pero muchas veces demasiado tarde, dramas que han madurado en los mares y en los océanos durante meses.

¿Cómo olvidar que el hecho de navegar y de ir de puerto en puerto, pasando la vida lejos de la tierra natal y del ambiente familiar, produce en los marinos una inestabilidad que se traduce a menudo en un relajamiento espiritual, humano y moral?

Para examinar esta situación con esperanza, hay que considerarla como parte de la vida de nuestra humanidad. Y, desde esa perspectiva, sería oportuno mencionar y alabar las buenas iniciativas eclesiales y civiles de todo tipo. Habría que hablar, por ejemplo, de las asociaciones que organizan la acogida de esos permanentes migrantes que buscan en los puertos y en tierra extranjera un poco de hospitalidad y de calor humano.

La liturgia es un marco privilegiado del compromiso de la Iglesia, en el sentido de que vuelve a centrar la vida de los marinos y pescadores en su fe cristiana, proporcionándole el fundamento espiritual de su dinamismo.

II - La liturgia vuelve a centrar la vida de los marinos y los pescadores en su fe cristiana

Antes de involucrar directamente a los marinos y pescadores, la liturgia da a su fe y a su vida, ante todo, la prenda y la garantía de que la Iglesia los apoya eficazmente y está presente en su vida.

[...] *La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor (SCo 10).*

Sin insistir ya desde aquí en el aspecto sacramental, podemos precisar esta referencia eclesial y eclesiológica de la liturgia partiendo del contexto de los marinos y pescadores. Una de las necesidades urgentes en dicho contexto es la identidad y el arraigo. Esto se podría descubrir si se piensa en dos desviaciones religiosas que acechan constantemente a estos nómadas del mar, fuera de poner entre paréntesis su fe y su vida religiosa. Me refiero, por ejemplo, a la tentación, quizás característica de algunas

culturas, de optar por una espiritualidad o una mística fundada en las tradiciones locales, como adoptar y venerar algún espíritu de las aguas o del mar. Esto lleva con frecuencia a un sincretismo difícil de extirpar. Hablo también del peligro de una religión popular elaborada minuciosamente, sometida a las necesidades y los sentimientos personales. Sabemos muy bien que, incluso partiendo de una base cristiana, la religión popular puede, sin embargo, alejarse del cristianismo, a través de una especie de eclecticismo espiritual o de una actitud sectaria. Esas desviaciones pueden comprometer la fe y minar la identidad cristiana, creando una especie de religión desprovista de todo cimiento eclesial.

La liturgia afirma esta identidad, integrando esa comunidad a la comunidad de la Iglesia, haciéndola presente de este modo. Esa iniciativa le compete en todas las celebraciones litúrgicas, a través de la jerarquía.

Esto, siempre que la liturgia ofrezca a los marinos y pescadores la matriz eclesial que debe sostener su espiritualidad y, por consiguiente, toda su vida y su trabajo. La liturgia da una dimensión concreta a la solicitud de una Iglesia que los acompaña y al mismo tiempo los alimenta. En el corazón mismo de la liturgia, la Iglesia abre al mundo la salvación y la gracia de la que ella es depositaria y dispensadora. Precisamente, la Iglesia ofrece a los creyentes, a través de la liturgia, ese depósito de la gracia, con la generosidad sacramental que la constituye «sacramento universal de salvación»; y, con el dinamismo de su fe que así se fortalece, los creyentes acogen en ella los «misterios de la pascua». Mediante la liturgia, los marinos y pescadores se reúnen «para celebrar el misterio pascual» (SCo 6), el misterio de su fe. En realidad, la Iglesia misma vive misterios que la hacen no sólo dispensadora, sino beneficiaria de la gracia que ella comunica. De ese panorama litúrgico nace también la convicción de que, en todas las etapas de la existencia y en todos los talleres del trabajo humano, la Iglesia tiene la misión de edificarse, beneficiándose de los sacramentos que celebra. Estos profesionales de las aguas y de la permanencia en el mar crecen, entonces, en la fe de pertenecer a una Iglesia y de darle vida en el propio lugar de trabajo.

Adquieren, en efecto, una auténtica conciencia eclesial. La liturgia les recuerda y los hace experimentar que, en su propia comunidad, ellos constituyen una comunidad eclesial, esa Iglesia que los acompaña. Esta presencia de la Iglesia debe, de hecho, su eficacia y su fecundidad salvífica a la presencia de Cristo. La liturgia insta, pues, en el contexto de esa vida poco común en el mar o en las aguas, la presencia eficaz de la Iglesia, donde se realiza el encuentro innegable con Cristo. Al adquirir conciencia de que viven como Iglesia y de que son Iglesia, llamada a celebrar los misterios del Redentor, los marinos y pescadores pueden progresar en el conocimiento y en el encuentro con Dios en Jesucristo y comprometerse decididamente con él. En primer lugar, por la Palabra de Dios, presente en todas las celebraciones litúrgicas, se pone de manifiesto esa presencia y se transforma, cada vez más, en espejo de un descubrimiento más íntimo de Dios que da a los fieles, a su vez, la posibilidad de descubrirse a sí mismos como objeto de la solicitud de Dios, llamados a buscarlo aún más para amarlo más profundamente.

La dimensión cristológica puede aparecer, así, en toda su densidad. Cristo se hace presente en el marco del ejercicio de su función sacerdotal (cf. SCo 7.2), para santificar la existencia y el trabajo de los hombres del mar y su permanencia en las aguas. *Conmemorando así los misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen*

presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación (SCo 102).

Es preciso también subrayar la característica del año litúrgico, de presentar los misterios de la vida de Cristo según las dimensiones del tiempo de nuestra existencia. La liturgia abre a los hombres del mar a esta realidad por la que Dios se acerca a nosotros en nuestras luchas, con su Hijo a nuestro lado. Los tranquiliza y les permite, más que a cualquier otro, buscar la presencia del Señor, no sólo para calmar la fuerza de la marea y de las olas, sino también para que su trabajo sea fecundo.

Esta presencia de Cristo adquiere un significado particular en el Santísimo Sacramento, como oportunidad de recogimiento y de silencio para acudir individualmente al Señor cuando los vientos son contrarios. Con razón, las *Normas concernientes al Apostolado Marítimo* piden que se dé un lugar especial a los que tienen esa devoción, para hacer de ellos los pilares de la comunidad de marinos y pescadores.

A través de los sacramentos celebrados por la Iglesia, los fieles se integran a Cristo, sacramento primordial del encuentro con Dios. La vida divina que se ofrece en Jesucristo se difunde como savia en la Iglesia y en todos los miembros de ella, asociándolos a su misterio personal. «En ese cuerpo, la vida de Cristo se comunica a los creyentes, quienes están unidos a Cristo paciente y glorioso» (LG 7.2). Esto se realiza fundamentalmente en el sacramento del bautismo, en el que los fieles se configuran en Cristo, muriendo y resucitando con él. La fracción del pan los hace participar de su Cuerpo para elevarlos a la comunión con él y entre ellos (cf. LG 7).

Me permito insistir especialmente en la Eucaristía que el Concilio Vaticano II definió, con razón, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (cf. LG 11). La expresión centra en la liturgia la importancia y la eficacia de los ritos para participar en la gracia y en la vida Dios. Esto se concreta en la Eucaristía, en la que, al tomar parte activa y personal en la acción litúrgica, los fieles son confortados con el Cuerpo de Cristo para manifestar la unidad de la Iglesia, conscientes de que forman parte de ella (cf. LG 11,1). Ellos están insertados en la dimensión comunitaria de la salvación cristiana y viven, cada día, de la comunión de los santos que despliega la eucaristía en su doble dimensión, horizontal y vertical.

Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin (SCo 10).

El sacramento de la reconciliación, así como el empeño ético y socioprofesional que de él se desprende, nos permiten comprender mejor esta acción profunda de la liturgia. La liturgia de la reconciliación vuelve a establecer constantemente esta unión con Cristo y la vida con él en su Iglesia, de modo que los profesionales de las aguas beban de las fuentes de la misericordia divina. Al abrirlos a la reconciliación con la Iglesia y con su comunidad de a bordo, y especialmente con sus compañeros de trabajo, este sacramento promete ser un verdadero viento favorable para las tripulaciones. Las celebraciones comunitarias de la penitencia y los actos personales de reconciliación, que posiblemente se derivan, pueden, en efecto, renovar el ambiente a bordo y hacer remar a todos en la buena dirección, proponéndose únicamente el bien de todos. La Iglesia cumple, en este caso, su función de fermento de la unidad en esas comunidades, especialmente allí donde la promiscuidad podría hacer mella con desgarros de todo tipo.

Con esta presentación, quisiera llamar la atención sobre la importancia de la liturgia en contextos en los que se evitará constantemente la tentación de ofrecer sólo ocasiones furtivas para la administración de algún sacramento, o para señalar las fiestas cristianas. En dichos contextos, la liturgia está llamada a desempeñar un papel edificante, capaz de crear una verdadera espiritualidad de la existencia en el mar y en las aguas. Al escrutar las profundidades del mar y de las aguas, y extraer sus riquezas para sobrevivir, los marinos y pescadores podrían, por ejemplo, con los recursos de su fe cristiana y a la luz del Evangelio, darse cuenta de que lo que hace vivir al hombre y sostiene su humanidad no es algo superficial ni fácil, sino que exige más bien una profundidad espiritual con dimensiones tan ilimitadas como las del mar. En realidad, la esperanza cristiana se podría desarrollar y fortalecer a merced de las mareas y de las olas.

III - La esperanza cristiana a merced de las mareas y de las olas

La liturgia no alimenta sólo la fe de los marinos y pescadores. Aumenta la esperanza cristiana que la fe suscita y hace crecer en ellos. Examinemos aquí, concretamente, cómo, a través de la fe que se alimenta en el crisol de la liturgia, la vida de los marinos y pescadores es guiada por el sentido que le da el Dios de Jesucristo, asignando a todos los resultados de sus actividades terrenas un destino en Dios, como fin último y como primera causa eficiente al mismo tiempo. En ese contexto de aislamiento y de trabajo fuera del ambiente familiar, sólo la vida litúrgica puede despertar el deseo de vivir más intensamente la fe como vector de lo que nos lleva hacia el porvenir, desempeñando un auténtico papel de fermento de su esperanza, para hacer de ella una esperanza cristiana.

Concretamente, quisiera remitirme de nuevo al Concilio Vaticano II, con *Gaudium et Spes*, para que escuchemos el desafío de la introducción de la esperanza cristiana en el centro de las actividades terrenas.

Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas – es lo que hoy con frecuencia sucede – y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación (GS 21).

Este texto es muy conocido, y representa muy bien el desafío del que voy a hablar. Impone a los cristianos que encuentren esos nuevos motivos que impulsan las tareas humanas, a veces arduas, en el sentido de nuestra marcha, la marcha global de la humanidad hacia Dios. Para despertar esa esperanza en las comunidades que contemplamos, les propongo que la arraiguemos en la fe en Jesucristo, por la que Dios nos da acceso a todos esos dones.

Conclusión: Alimentados por la liturgia para llevar la caridad al centro de los encuentros humanos

La liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos

pascuales”, sean concordantes en la piedad; ruega a Dios que “conserven en su vida lo que recibieron en la fe”, y la renovación de la alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo (SCo 10). Con una liturgia apropiada, que la hace participar en los sacramentos para fortalecer su fe y alimentar su esperanza, las gentes del mar hacen de su vida individual y colectiva el marco de una auténtica experiencia cristiana fecundada por la caridad.

Viviendo su vida cristiana a través de la vida litúrgica, los que surcan los mares y los océanos hacia destinos plétóricos de promesas, se hacen así artesanos de esta caridad que se debe comunicar como fermento de todo tipo de encuentros. Su aventura por los diversos puertos y regiones se vuelve un apostolado discreto pero eficaz, por estar anclado en las incertidumbres de su vida profesional. Animados por esa caridad, tripulaciones, marinos y pescadores recorren distancias oceánicas que, aparentemente, alejan y separan de los vínculos entre los pueblos; volverán siempre al redil, a su tierra natal, no sólo con recursos económicos, sino ricos con lo que habrán acumulado de humanidad en las escalas y los encuentros. La caridad puede incluir todos sus viajes y su trabajo diario en la dinámica de esa necesidad de ir al encuentro de los demás, impulsados por la comunión constante con el Señor que los encenderá con su amor.

La caridad establece, así, una coherencia eucarística: el amor recibido tiene prisa de volverse amor donado, so pena de quebrantar el sacrificio ofrecido. En el contacto con el Señor en la liturgia eucarística, y en la adoración que lo acompaña, habrá germinado una dinámica: la misión social, «que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros».

Esta apertura hacia los demás en la caridad comienza ya a dar frutos en las tripulaciones y entre los pescadores. Los cristianos saben que están comprometidos a dar un testimonio público de fe que los mantiene serenos a pesar de la violencia de los vientos contrarios y de la fuerza amenazadora de las mareas y las olas. Dan a sus compañeros la seguridad de que el sueño aparente del Señor no menoscaba de ningún modo su solicitud y su poder para calmar las tempestades, dar un sentido a su viaje y hacer fecundo su trabajo.

Mi sueño es una mística de la peregrinación, animada por la caridad, para todos esos profesionales destinados a correr peligros en los viajes por mar y en las aguas: sería un auténtico redescubrimiento de sí mismos en el espejo de la solicitud de Dios y en la caridad vivida en las dimensiones de las comarcas y regiones lejanas.

Los relatos de viajes y de aventuras muestran cuán solidarias se vuelven las tripulaciones, y los marinos, cuando llegan momentos de peligro y otras tripulaciones se ven amenazadas. Algunos han dado su vida para salvar a otros. Tomando de lo más profundo de su vida cristiana y alimentándose con la caridad que la riega, los marinos y pescadores cristianos pueden vivir una espiritualidad que los prepara a dar en todo momento su vida por sus compañeros de camino o de trabajo. La liturgia, que introduce su tiempo concreto en el tiempo de la salvación, lo integra en el misterio de Cristo y realiza su redención, según la atinada expresión de K. Rahner.